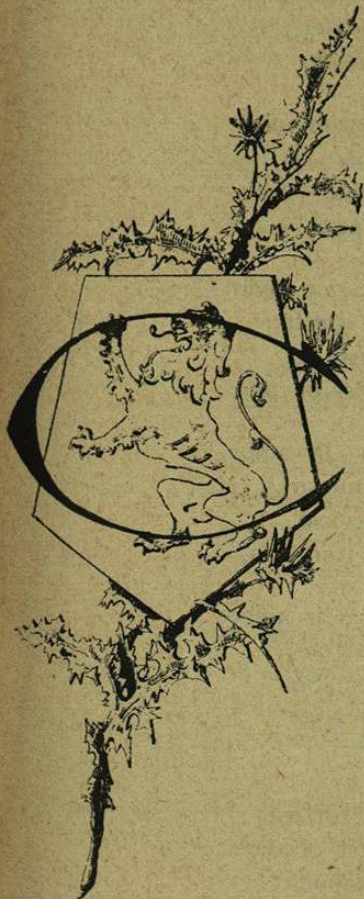


## Muerte del mesnadero.



ABALGA don Pedro Ahones  
hacia el reino de Valencia;  
de Teruel viene Don Jaime  
y en el camino se encuentran.

El Rey propone á don Pedro  
que le siga á Burbaguena;  
él accede, y ambas tropas  
del pueblo á los muros llegan.

Y en una casa del Temple,  
do breve espacio se albergan,  
al rebelde mesnadero  
dijo el Rey con voz serena:

—En vano, don Pedro Ahones,  
por tres semanas enteras,  
en Teruel os esperamos  
á vos y á la hueste vuestra,

que ha tiempo que pretendemos  
ver á los moros de guerra;  
por vos y por otros nobles  
abandonamos la empresa;

mas ya que por vuestra culpa  
con el Emir de Valencia  
treguas hicimos, es justo  
que respetéis tales treguas.—

—Mucho—contestó don Pedro—  
á mí y á mi hermano cuestan  
los aprestos de la hueste,  
y no es bien que esto se pierda;

ved que Sancho y yo llevamos  
buen golpe de gentes nuestras,  
y os haremos buen servicio  
contra el moro en las fronteras.—

—Mal tuerto nos haréis ambos  
si vais á romper las treguas,  
pues que va nuestra palabra  
y va nuestro honor en ellas.

¿Partiréis?—

—Será forzoso.—

—¿Nos negáis vuestra obediencia?...  
¡pues sois nuestro prisionero!—  
gritó Jaime con voz trémula.

Levantóse Pedro Ahones  
la mano en la espada puesta,  
y el Rey le tuvo la mano  
con incontrastable fuerza.

Los hombres del mesnadero,  
que llegaban á cuarenta,  
bajaron de sus caballos  
al rumor de la reyerta:

y, en tanto los del Monarca  
se alejaban de la escena,  
don Pedro Ahones, frenético,  
llevó á la daga la diestra;

Jaime al cincelado pomo  
se la apretó de manera,  
que pomo y cinceladuras  
dejó esculpidos en ella.

Los caballeros de Pedro  
mezclándose á la refriega,  
de entre las manos del Rey  
le arrancan por la violencia,

y asiéndole fuertemente  
le arrastran más que le llevan,  
le hacen montar á caballo  
y escapan á la carrera.

A Miguel Daguas, que estaba  
con un corcel á la puerta,  
pidiólo Jaime, y lanzóse  
tras de Pedro á toda rienda.

Tres de la real mesnada  
tomaron la delantera,  
y alcanzando á los rebeldes  
trabóse ruda contienda.

Cayó herido Atho de Foces,  
volvieron los otros riendas.  
—¡Aragón, Aragón!—grita  
don Jaime que al campo llega.

Los de Ahones le abandonan,  
y sólo con él se queda  
Martín Pérez de Mezquita  
por servirle de defensa.

Pero Martínez de Luna,  
por la abertura derecha  
del perpunte, clava á Pedro  
su lanza firme y certera.

Dobla improviso el magnate  
la noble frente soberbia,  
y el cuello de su caballo  
con ambos brazos rodea;

pero como el roble herido  
desplomado viene á tierra:  
descaburga el Rey don Jaime,  
y en él poniendo la diestra:

—En mal hora habéis nacido  
don Pedro, y con ma la estrella! —  
Dice al noble, que le mira  
ya con las ansias extremas.

—Dejadnos á ese león,—  
con voz destemplada y recia  
grita Alagón: pues que aún vive,  
¡vénguese en él vuestra afrenta!

—¡Don Blasco, Dios os confunda  
si acometéis tal proeza,  
y antes que á don Pedro Ahones  
vuestro cuchillo me hiera!—

Dice el Rey, y entre sus brazos  
al herido noble asienta  
sobre la rica montura  
de su caballo de guerra,

sobre el cual un escudero  
su inerte cuerpo sustenta;  
marcha don Jaime á su lado  
porque nadie se le atreva;

pero á mitad del camino  
que conduce á Burbaguena,  
del escudero en los brazos  
rinde el noble la existencia.

**D**EL temido caballero  
sobre la tumba sangrienta,  
Sancho Ahones, el Obispo,  
jura al Rey venganza eterna.

De don Nuño y don Fernando  
renuévanse las querellas,  
renacen los viejos ódios  
y nuevos ódios se engendran.

El Obispo y el Infante,  
Pedro Cornel, Atho Orelia,  
con la viuda de Ahones  
contra Jaime se conciertan,

y con ellos se coligan  
los Moncadas y Cerveras  
y los más fieros barones  
de la indomable nobleza.

Consume el fuego las mieses  
tala el hacha la arboleda,  
y el hambre desmelenada  
viene detrás de la guerra.

La voz del anciano Aspargo,  
tan noble como evangélica,  
en nombre del Rey promete  
perdón, olvido, indulgencia.

Sobre el cielo de la patria  
brillan esperanzas nuevas,  
como brilla el arco iris  
tras de la negra tormenta.

Falto de vida está el pueblo,  
de recursos la nobleza:  
y entre Jaime y los rebeldes  
una entrevista se acuerda.

Hasta el monte de Alcalá  
llegan con armas ligeras,  
de un lado los ricos-homes,  
del otro la escolta regia.

Y allí los nobles que un día  
pusieron al Rey cadenas,  
arrastrándose á sus plantas  
demandáronle clemencia.

Otorgóla el Soberano;  
y para siempre deshecha  
fué la unión de los magnates  
y humillada su altiveza.

¡El astro del feudalismo,  
velada la faz sangrienta,  
declinaba ante aquel astro  
que inundó en gloria la tierra!



IX

## EL BANQUETE

EDRO Martell en su casa  
previene un festin magnífico,  
que hallándose en Tarragona  
el rey don Jaime, Dios quiso

que, sin llamarlos á Cprtes,  
quizás por altos designios,  
los nobles de Cataluña  
se hallasen allí reunidos,

y á don Jaime y á su corte  
convida el viejo marino;  
que aún es la hidalga franqueza  
de los reyes distintivo.

Y de Aragón los Monarcas,  
tan nobles como benignos,  
de sus vasallos leales  
más que reyes, son amigos;

comparten su vida, asisten  
á sus bodas y bautizos;  
prueban con sus labradores  
lo que el campo ha producido;

administran la justicia  
por igual y por sí mismos;  
dan audiencia á todo el pueblo,  
y cuando van de camino

se alojan en las cabañas,  
como en los nobles castillos,  
y hacen parar á un ejército  
para escuchar á un mendigo.

Rivalizando en nobleza  
el Monarca y el marino,  
si el Rey se mostró benévolo,  
mostróse el vasallo altivo.

Dándole festín de reyes  
probarle Martello quiso  
que si no era un rico-home,  
era, en cambio, un hombre rico.

El Rey, de sus caballeros  
con el séquito magnífico  
llega, y del festín la sala  
se abre como por hechizo.

Ricos tapices de Persia  
de brillante colorido,  
cubren los muros y el suelo  
del anchuroso recinto.

Sobre los blancos manteles,  
como en desbordado río,  
brillan el bronce, el acero,  
la plata, el oro y los vidrios.

Primores de orfebrería,  
vasos en forma de grifos,  
cuyas alas son de oro,  
cuyos vientres cristalinos

llenar esencias preciosas  
y licores exquisitos;  
bellos vidrios de Venecia,  
de abolengo bizantino;

esbeltos jarros de plata,  
profusamente esculpidos,  
que en olas de oro y rubíes  
vierten espumosos vinos;

y en caladas estufillas,  
y en pebeteros moriscos,  
embalsamando el ambiente  
perfumes de Asia traídos;

ricas especias de Arabia  
en cerrados cofrecillos;  
y en escudillas de plata  
y en anchos vasos asirios,

conservados en almíbares,  
frutos de Alepo y Corinto;  
vinos de Chipre y Falerno,  
cual topacios derretidos;

cuanto produce la tierra,  
cuanto excita el apetito,  
cuanto la vista fascina,  
cuanto halaga los sentidos.

Galán viene el rey don Jaime  
y extremado es su atavío;  
presos en cerco de perlas  
lleva los dorados rizos:

sobre las calzas de grana  
rica veste de examito,  
que, abierta en ambos costados,  
muestra los forros de armiño;

recamada limosnera  
pendiente del aureo cinto;  
cordobeses borceguíes  
bordados con oro fino;

y ancho manto de escarlata,  
en ambos hombros prendido,  
de su varonil belleza  
redoblan los atractivos.

Bajo un dosel de brocado,  
y en un sitial esculpido,  
ante una mesa de alerce  
tiene el Rey su puesto digno.

Circundan otra gran mesa  
don Nuño Sánchez, su primo,  
del Rosellón, la Cerdaña  
y el Conflán, Señor legítimo;

Ramón Berenguer de Ager,  
el de Bearn y su hijo,  
el Señor de Santa-Eugenia,  
En Galcerán de los Pinos,

Guillén de Cervera, Croyles,  
Claramont, lo más florido  
de la corte de don Jaime,  
de la ciudad lo más digno;

que también hallaron puesto  
sus regidores y síndicos,  
marinos y mercaderes,  
del rico huésped amigos.

Martell escancia á don Jaime  
en su copa de oro el vino;  
y un aguamanil de plata  
le ofrecen dos pajecillos.

Un coro de rapazuelos,  
de seda y oro vestidos,  
sirve la espléndida mesa  
del famoso Mayorino.

Llevan, en fuentes enormes,  
terneros y cabritillos,  
cubiertos de oro y de plata,  
que parecen culpados;

faisanes con su plumaje,  
como si estuvieran vivos;  
pasteles, de cuyo centro  
vuelan aves al partirlos.

Un juglar salta los aros,  
otro tira los cuchillos,  
y otros cantan los romances  
de Alexandre ó de Pipino.

En candelabros de bronce  
arden perfumados cirios,  
y exhalan suaves aromas  
los pebeteros moriscos:

con el oloroso vaho  
de manjares exquisitos,  
se mezcla el de las esencias  
y el acre olor del marisco.

A los postres ya está el aire  
viciado y enardecido;  
de las caladas ojivas  
se abren los pintados vidrios;

y al rayo azul de la luna,  
transparente, suave y tibio,  
bajo los serenos cielos,  
aparece el mar dormido.

Su fresca brisa es cual bálsamo  
que reanima los sentidos,  
su aparición, como en sueños  
la imagen de lo infinito.

Ella despierta en don Jaime  
deseos mal adormidos,  
sueños de gloria y grandeza  
y anhelos de poderío:

y volviéndose á Martell,  
dícele en tono expresivo:  
—“Referidnos algo, En Pedro,  
de las tierras que habéis visto.”—

Como si le adivinara  
Pedro, el experto marino,  
al Rey y á sus caballeros  
dice en animado estilo:

—Yo, templado en las borrascas,  
por la intemperie curtido,  
he visto muchas bellezas,  
salvando muchos peligros.

Cien veces cargué mis naves,  
ora en Asia, ya en Egipto,  
de Alepo, Armenia y el Cairo  
con los productos magníficos.

Conozco á Flandes y á Chipre,  
y á Damasco y á Corinto,  
y á Génova y á Sicilia,  
rival de la antigua Tiro

en teñir y tejer telas  
con oro, con plata y sirgo;  
tan famosa por sus púrpuras  
como Etruria por sus vidrios.



Yo he visto el negro Vesubio  
con su penacho encendido,  
que á veces en la alta noche  
sirve de faro al marino;

y á Venecia de las aguas  
surgir como por hechizo;  
y el Oriente hecho de sueños,  
de misterios y prodigios.

Pero en mis largos viajes  
nada tan hermoso he visto  
como Mallorca y sus islas,  
bellas como el paraíso.

Innumerables rebaños  
cruzan sus prados floridos;  
y otro mar en sus orillas  
fingen maizales y trigos.

Grandes tesoros encierra  
la Almudaina en su recinto;  
pero más tesoros guarda  
su suelo fecundo y rico;

son sus tendidas llanuras,  
do se aduerme el mar tranquilo,  
copas de oro en que rebosan  
olas de claros zafiros:

y aquellas copas, ¿no es cierto  
que á varones tan altivos  
y á Reyes como don Jaime,  
brindan excelente vino?

—Brindan un reino y la gloria,  
Pedro Martell, tú lo has dicho,—  
contestó Guillén Cervera,  
el entusiasta caudillo.

Ramón Berenguer, el Grande,  
suyos hizo esos dominios;  
luego Mallorca nos pide  
venganza de agravio antiguo.—

—Venganza de agravio nuevo  
que está reciente, está vivo  
y en la mejilla nos quema,  
nos está pidiendo á gritos.

Que há poco los de Mallorca  
robaron vuestros navíos,  
y en mis nobles mensajeros  
me insultaron á mí mismo.—

Exclamó el Rey, con los ojos  
en viva lumbre encendidos,  
y á su voz, rumor creciente  
se fué alzando en el recinto.

Como en el monte abrasado  
por el rojo sol de estío,  
prende la chispa y se eleva  
trocada en airón rojizo;

y de arroyuelo de púrpura  
se hace lago y despues río,  
y á merced del viento crece,  
y se trueca en mar flamígero,

así prende el entusiasmo  
contagioso, alado, vivo,  
de aquellos bravos guerreros  
en los ardientes espíritus;

y arrojan chispas los ojos,  
y el verbo surge encendido,  
vibra, hiere y centellea  
como espada de dos filos.

—Señor; Mallorca es un reino  
tan hermoso como rico,  
Santa Ponza y Palomera  
puertos de fácil arribo;

naves tiene Barcelona,  
valor sobra á sus marinos;  
los nobles os darán gentes  
y las ciudades subsidios;

sangre os darán los soldados,  
oro os daremos los ricos;  
y si alguno os lo negare,  
que os lo presten los judíos.—

Dice al Rey Pe ro Martell,  
con acento decidido;  
y—¡A Mallorca!—gritan llenos  
de entusiasmo los caudillos.

—No seré yo, por mi vida,  
quien estorbe esos designios;  
Cortes tendré en Barcelona,  
para las Cortes os cito:

pedidme, á la faz del reino,  
lo que aquí me habéis pedido;  
y Aragón y Cataluña  
verán crecer sus dominios.—

Dijo el Rey, y á sus palabras  
respondió, unánime, un ¡vitor!....  
¡La comida de Martell  
tuvo unos postres magníficos!

Del banquete surgió un reino:  
por eso, de siglo en siglo,  
para ejemplo de grandezas,  
brilla en la historia esculpido.